

“Que no se mueve una hoja del árbol sin la voluntad de Dios”¹. Belgrano y la religión en la colonia y en la independencia

María Elena Barral

Jesús María Binetti

Fernando Gómez

INTRODUCCIÓN

A inicios de 1930 un sacerdote vicentino publicaba una obra con un sutil, aunque claro, carácter reivindicativo. “La Virgen de Luján y la Bandera de Belgrano”, tal su título, se proponía arrojar luz sobre el origen de los colores patrios. Según afirmaba, si el hecho aún no se había dilucidado era por el empeño puesto *en oscurecerlo más bien que en aclararlo*.² Como contrapartida, para el autor, la resolución de la cuestión no entrañaba mayores dificultades. Bastaba para ello considerar la *religiosa piedad* de Manuel Belgrano, en particular, su inclinación *marial*.

No era, por cierto, la primera vez que un libro de raíz confesional pretendía enmendar los olvidos, deliberados o no, del *mainstream* historiográfico de fines del siglo XIX y principios del XX. Ya en 1912, monseñor Agustín Piaggio había publicado una obra resaltando el servicio del clero a la Revolución de Mayo.³ El texto —premiado dos años antes por la Academia Literaria del Plata— no fue ajeno a los ecos del Centenario destinados a resonar por largo tiempo.

A su manera, la obra sobre la bandera argentina tampoco fue extraña a la coyuntura de 1930. En el plano local, ese año se celebrarían los jubileos por el tercer centenario de la Virgen de Luján y un monumento ecuestre en honor a Belgrano se inauguraría frente a la Basílica. Taxativamente, el libro procuró integrarse a esas iniciativas. Por supuesto, también terminó siendo un emergente de las corrientes integristas y nacionalistas que, justamente, en 1930 vieron acrecentada su influencia tras el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen.

1. “Carta de Manuel Belgrano a Martín Miguel de Güemes” (carta n.º 28), Tucumán, 10 de febrero de 1817, en *Epistolario Belgraniano*, Prólogo de Ricardo Caillet-Bois, Buenos Aires, Taurus, 2001. p. 503.
2. Un sacerdote de la Congregación de la Misión, *La Virgen de Luján y la Bandera de Belgrano*, Buenos Aires, Amorortu, 1930. Por normas internas, los religiosos de la Misión o vicentinos debían conservar el anonimato al momento de publicar una obra. Esto no impedía que, por otros canales, se supiera y se aludiera al nombre implicado en el asunto. En este caso, el autor era Antonio Scarella, por entonces, sacerdote residente en la Basílica de Luján.
3. Piaggio, Agustín, *Influencia del clero en la Independencia Argentina (1810-1820)*, Barcelona, Gili, 1912.

A falta de documentos explícitos sobre el origen de la enseña patria, el texto infería las motivaciones de Belgrano de sus antecedentes religiosos. Especialmente, de su devoción a la Inmaculada Concepción. Entre los hechos reseñados en la obra se destacaba el patronazgo que esa veneración había ejercido sobre el Consulado a instancias, claro está, del mismo prócer. Y los colores blanco y celeste que, ya en 1794, había elegido como símbolos de esa institución por representar, justamente, a la advocación inmaculista.

Aun así, las comprobaciones empíricas que efectúa la obra son limitadas. Basta considerar que si la relación entre Belgrano, la Inmaculada Concepción y los colores nacionales queda relativamente bien demostrada, la implicación de la Virgen de Luján en el asunto carece de pruebas de fuste. De hecho, y tal como veremos, la devoción *marial* del prócer fue amplia y variada, sin que nada indique su preferencia por la advocación lujanense.

Independientemente de esta cuestión, el fenómeno a destacar en estos párrafos iniciales es la escasez de continuadores que tuvo este tipo de abordaje. Solo desde la historia confesional fueron numerosos los tratamientos similares, siendo infrecuente hallarlos en el ámbito académico “laico”. Esas ausencias suelen sentirse por partida doble: por un lado, los procesos históricos parecen desarrollarse sin que la religión intervenga en ellos y, por el otro, los actores sociales tienden a carecer de una dimensión religiosa que incida en su accionar.

Pese a que en los últimos años se ha avanzado algo en la incorporación de esta dimensión analítica en los procesos históricos, persiste con frecuencia, una cierta resistencia para recuperarla sistemáticamente. En la década de 1940, desde sus propias inquietudes, Guillermo Furlong ya advertía un sesgo:

Más preocupación por la historia eclesiástica hubo en los modestos historiadores de Provincia que en los grandes historiadores nacionales. Ni Vicente Fidel López, por ejemplo, ni Bartolomé Mitre creyeron de su deber el ocuparse de la actuación de la Iglesia en los acontecimientos patrios. No dejan ciertamente de consignar algunos hechos que atañen de cerca al acontecimiento o al héroe, pero es estudiada en ellos y buscada la prescindencia de todo lo referente a la Iglesia. Tal vez fue un acierto el que así obraran, ya que de ocuparse de la parte que la Iglesia había tenido en la formación de nuestra nacionalidad, lo habrían hecho con tanto desacierto como cuando se ocuparon de España y de sus realizaciones históricas [...].⁴

Curiosamente, Bartolomé Mitre —uno de los historiadores citados por Furlong— pudo haberse olvidado de la Iglesia institucional, pero lo cierto es que nunca dudó en señalar el peso que la religiosidad había tenido en Belgrano. Y no solo por cuestiones inherentes a su devoción personal, sino también por el importante rol político y militar que había cumplido. Al punto, digamos, de hacerla corresponsable del triunfo inicial del prócer en el Alto Perú. Según la opinión mitrista, el acendrado espíritu religioso de Belgrano había logrado revertir la *re-*

4. Furlong, Guillermo, “*La historiografía eclesiástica argentina 1536-1943*”, en *Archivum* I, 1943, pp. 58- 92.

*putación de impiedad dejada por el ejército de Castelli que tan mal había hecho a la causa de Buenos Aires.*⁵

LA RELIGIOSIDAD EN LA SOCIEDAD COLONIAL Y EN LA FAMILIA BELGRANO

Claro que el fervor religioso de Manuel Belgrano no irrumpió en el contexto de las guerras de la revolución. Por el contrario, se inscribía en el marco de una sociedad profundamente piadosa. En tiempos virreinales ser católico no era una opción, era una obligación. Las fronteras entre Iglesia, Estado y sociedad eran muy imprecisas y permeables por lo que quien infringía una norma ofendía al mismo tiempo a la religión y a la corona: así, siendo buen cristiano se era buen súbdito y buen vasallo.⁶

Una de las instituciones donde se verificaba esta permeabilidad de lo religioso y lo político era el cabildo, responsable de la organización y financiamiento de un número importante de celebraciones “eventuales” como fueron las rogativas o rogaciones públicas y las acciones de gracia. Más allá de su carácter contingente no constituyeron una excepción del Buenos Aires tardocolonial. Por el contrario, eran frecuentes en todas las ciudades del virreinato y una buena parte de su autoridad reposaba en la organización de ceremonias que expresaran su control sobre algunas de las imágenes y celebraciones religiosas más significativas de cada lugar.⁷ Estas celebraciones se sumaban a las fiestas patronales, la Pascua, la Navidad o el Corpus Christi, que tenían una localización fija en el calendario religioso católico.

Por su parte, los sacramentos administrados por el clero excedían ampliamente el terreno religioso y algunos de ellos ocupaban un lugar central en la vida cotidiana. El bautismo, en particular, significaba el “ingreso” a la sociedad. En una época donde no había aún registro civil, la partida de bautismo guardaba una información preciosa: la filiación —legítima o ilegítima—, el lugar y la fecha de nacimiento —a veces solo aproximada—, y el “color”, así como los nombres de los padrinos, a quienes “prevenían” del parentesco espiritual —el compadrazgo— y de la obligación de transmitir la doctrina.

Así como el templo y la misa dominical eran espacios y momentos de congregación de una parte importante de la población, las asociaciones católicas, como las hermandades o terceras órdenes, intervenían activamente en la vida religiosa de las ciudades y de los pueblos. En la ciudad de Buenos Aires funcionaron alrededor de cincuenta cofradías durante el período colonial. Para los cofrades se

5. Mitre, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, vol. II, Estrada, Buenos Aires, 1947 (1859), pp. 122-123.

6. Barral, María Elena, *De sotanas por la pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial*, Buenos Aires, Prometeo, 2007 y “La Iglesia y las formas de religiosidad, 1580-1820” en *Desde la Conquista a la crisis de 1820* (tomo II de *Historia de la Provincia de Buenos Aires*, coord. Raúl Fradkin), Buenos Aires, UNIPE-Edhasa, 2012, pp. 179-208.

7. Binetti, Jesús, “Pedir y agradecer. La religiosidad de Buenos Aires entre dos reformas, 1771-1821”, en *Andes, Antropología e Historia*, n.º 30, 2019, pp. 1-31.

trataba de un espacio con distintos significados: espacios de experimentación y construcción del poder de los *vecinos* principales, asociaciones de ayuda mutua en el momento de la muerte y fortalecimiento de identidades étnicas para africanos y afrodescendientes. La mayoría de los negros africanos o afrodescendientes porteños —esclavizados o libres— pertenecía a alguna e incluso a varias cofradías ya que en Buenos Aires podían acceder al menos a siete de ellas que se encontraban tanto en los conventos —dominico, franciscano y mercedario— como en algunas parroquias como Montserrat o La Piedad.⁸

La familia de Belgrano tuvo estrechos vínculos con la orden de los predicadores, —o dominicos— manifestados por partida doble: muchos de sus miembros integraron la Venerable Orden Tercera (VOT) de Santo Domingo y también participaron de la Cofradía Mayor de Nuestra Señora del Rosario, con sede en la misma Iglesia. Su padre, por ejemplo, fue prior de la VOT en 1754,⁹ su madre fue priora y todos sus hijos ingresaron a ella o a la Cofradía del Rosario. Algunos de sus hermanos también ocuparon cargos directivos como Domingo Estanislao, Joaquín y María Florencia.¹⁰

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano mantuvo relación con esta orden religiosa, y estipuló en su testamento que su cuerpo fuera “amortajado con el hábito del patriarca Santo Domingo” y sepultado en el panteón que su “casa tiene en dicho convento”¹¹. Reprodujo con esto una práctica común en aquellos que podían permitírselo: ser amortajado con la vestimenta de alguna orden religiosa y ser enterrado intramuros o en el atrio de un templo. Menos habitual, por cierto, era una parte de su nombre: por su origen francés, el Sagrado Corazón de Jesús fue un culto de muy escasa difusión durante el imperio hispano de los Habsburgo. Recién con la llegada de los borbones y, sobre todo, con la publicación de la obra de Juan de Loyola¹² —reimpresa en varios lugares de América— aquella, y las restantes advocaciones del corazón, como el de María, comenzaron a difundirse. Pero, hacia 1770, aún eran pocos los bautizados de esa forma en la región bonaerense.

Que la devoción de Manuel Belgrano sea una de las claves que lo inscriben, sin reparos, en el seno de la sociedad colonial no es extraño si volvemos a su origen familiar. Los Belgrano formaban parte de la élite de la Buenos Aires virreinal. Como tal, desplegaron una serie de abigarradas vinculaciones entre las que sobresalieron las comerciales que propiciaron su posicionamiento económico y social. Estas relaciones no fueron siempre armoniosas. En 1788, Domingo

8. Borucki, Alex, *De compañeros de barco a camaradas de armas. Identidades negras en el Río de la Plata, 1760-1860*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2017.

9. Luego de ejercer este priorato entre 1769 y 1788 fue Tesorero de la Hermandad de la Caridad. Gelman, Jorge, *De mercachifle a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de la Plata colonial*, Huelva, UPO, 1996.

10. Jijena, Lucrecia, *La Venerable Orden Tercera de Santo Domingo*, Tucumán, UNSTA, 2006.

11. AGN, Buenos Aires, Tribunales, Registro n.º 4, Año 1820, folios 120 v., 121 y 121 v.

12. Juan de Loyola, *Thesoro escondido en el Sacratissimo Corazon de Jesus*, Barcelona, Imprenta de María Martí, 1735.

Belgrano Peri sufrió los reveses de un proceso judicial que le impidió disponer de sus bienes. En esa ocasión, la familia entera se movilizó y, tras diversas gestiones, que incluso llegaron a la metrópoli, se les restituyeron sus propiedades. Así, en 1794 pudieron reiniciar, sin más limitaciones, sus actividades mercantiles.

No está de más recordar que Manuel tuvo quince hermanos y, según se estilaba en la élite de esos tiempos, sus ocupaciones fueron deliberadamente variadas, desde comerciantes hasta sacerdotes. De este modo, la familia conformó un caso típico de integración a la Buenos Aires virreinal, amoldándose al *pacto colonial* al punto de poder prosperar en los confines del imperio.¹³

Tanto como Manuel, su hermano Domingo Estanislao constituye una palmaria manifestación de esa integración: toda familia notable de la ciudad debía tener un hijo eclesiástico, y él cumplió ese rol. Estudió en la Universidad de Córdoba, ordenándose presbítero en 1793. Luego de un interinato como cura de la Parroquia de la Concepción en Buenos Aires, ingresó como canónigo de la diócesis. Cuando Manuel, en 1820, dictó su testamento designándolo albacea y heredero ya era chantre de la Catedral porteña. Luego de cinco mujeres, Domingo Estanislao fue el primogénito varón, por lo que su entrada al estado clerical puede ser vista como esa suerte de *primicia* que las familias de élite otorgaban a la Iglesia.¹⁴

Por su parte, el propio itinerario de Manuel —es decir, su formación, sus estudios y sus actividades profesionales— nos deja un claro indicio de su compromiso con la corona. Basta recordar, por ejemplo, su empeñosa labor en el Consulado desde su creación en 1794. Ahora bien, considerando su profunda devoción religiosa, su pertenencia a una familia sólidamente asentada —pese a su origen migratorio— en la Buenos Aires colonial y su trayectoria personal, surge un interrogante nada menor: ¿Cómo fue que él, que constituía una cabal expresión de la monarquía borbónica, se transformó en uno de los líderes de la Revolución?

LA RELIGIÓN EN REVOLUCIÓN

La respuesta a esta pregunta no es unívoca. Podría relacionarse, por ejemplo, con cuestiones personales o psicológicas que el historiador o la historiadora difícilmente resolverían en un trabajo que no fuese más que mera elucubración. Tampoco son de faltar, en estos casos, aproximaciones que buscan llamar la atención de públicos amplios apelando a motes fáciles, como serían el de “traición”

13. Gelman, Jorge, *De mercachifle...* cit.; Socolow, Susan, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991; Halperin Donghi, Tulio, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1972.

14. Di Stefano, Roberto, *El púlpito y la plaza*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. Avellá Cháfer, Francisco, *Diccionario biográfico del clero secular de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edición del autor, 1983, tomo I.

o “deserción”. Sin embargo, antes que ensayar explicaciones en torno a la transformación de Belgrano, parece apropiado volver a pensar la pregunta. Quizá allí reside el problema. Y la respuesta.

En las últimas décadas, las investigaciones sobre la Revolución de Mayo han demostrado los problemas que suponen interpretarla como el origen de la nación argentina. Esta mirada, sin embargo, forma parte del sentido histórico de la mayoría de la población. A ello contribuyó un desarrollo historiográfico rápidamente incorporado y reproducido en la currícula escolar como parte de la pedagogía cívica tendiente a la construcción de una idea de nación. Iniciado en la segunda mitad del siglo XIX, comenzó a ser refutado en forma taxativa hace no muchos años.

La impugnación a ese desarrollo identificó algunos elementos inapropiados en cualquier reconstrucción histórica. Entre ellos vale mencionar una noción profundamente teleológica conjugada con visiones anacrónicas y maniqueas. La concepción teleológica reside en interpretar la Revolución de Mayo a partir del final del proceso. Es decir, suponiendo que los líderes de la insurrección conocían cuál iba a ser el resultado de su accionar. Y, como supuestamente lo conocían, se cae en un anacronismo en la medida que lo que finalmente fue Argentina había estado “siempre” presente. En los peores casos, en forma inmanente o contorneada en la sociabilidad de la población, incluso, sin que ella lo supiera, tal lo sugirió Mitre en la introducción a la *Historia de Belgrano*. Por último, el maniqueísmo se expresa en la identificación de dos grupos claramente diferenciados: españoles y criollos. Con esto se procuró explicar, como si fuera un comodín interpretativo, varios de los procesos iniciados con la Revolución de Mayo, comenzando, claro está, por las Guerras de Independencia.¹⁵

Como contrapartida, los estudios renovados advirtieron otros fenómenos. En primer lugar, la profunda crisis que atravesaba la monarquía española, agudizada con la caída del trono en manos de Napoleón, en 1808, y la consumación de la vacancia, en 1810. Ante esta problemática, ciertos sectores de la élite política y, especialmente, los oficiales de las milicias avanzaron en la creación de un gobierno autónomo. En este sentido, las decisiones impuestas al Cabildo porteño en mayo de 1810 podrían pensarse como una forma de conservar el orden y mantener el poder ensayada por quienes tenían a su cargo el control de los cuerpos armados y se vieron sorprendidos por la caída de la monarquía.¹⁶ Lo que sucedió con el correr de los años y la sumatoria de acontecimientos notoriamente escapó a las previsiones de los revolucionarios, tal como fue demostrado por Tulio Halperin Donghi.¹⁷

15. Chiamonte, José Carlos, “El mito de los orígenes en la historiografía Latinoamericana”, *Cuadernos del Instituto Ravignani*, n.º 2, Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, FFyL-UBA, 1991, pp. 19-39; Wasserman, Fabio, *Entre Clío y la Polis: conocimiento histórico y representaciones del pasado en el río de la Plata 1830-1860*, Buenos Aires, Teseo, 2008.

16. Goldman, Noemí, *¡El pueblo quiere saber de qué se trata!: Historia oculta de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2009.

17. Halperin Donghi, Tulio, *Revolución y guerra... óp. cit.*

Volviendo al interrogante planteado, podríamos pensar que el giro de Belgrano no fue ni abrupto ni violento ni, menos aún, personal. Se trató de una experiencia compartida con muchos miembros de su generación. Incluso al considerar que en 1810 los revolucionarios eran españoles americanos y europeos que compartían con otros españoles americanos y europeos la defensa de España ante el invasor francés. Aunque, claramente, se diferenciaban respecto a la conveniencia de crear, o no, Juntas de Gobierno locales.

En este marco, la presencia de la dimensión religiosa en la sociedad revolucionaria mantuvo su plena vigencia. No por esto dejaron de producirse ciertos cambios: ni las autoridades eclesiásticas ni los ejercicios devocionales, por ejemplo, transitaron impolutas la crisis del orden imperial. Por el contrario, como en los otros espacios de la vida virreinal, la Revolución generó disensos: hubo adhesiones y repudios entre los sacerdotes de todos los rangos y se renovaron las prácticas de piedad al calor de la conflictividad política y militar.

En rigor, la amalgama entre ritual cívico-militar y sacralización religiosa —evidente ya en algunas ceremonias de la monarquía católica— venía acrecentándose desde 1806. Desde la primera invasión inglesa hasta la disolución del Cabildo porteño, en 1821, prácticamente la totalidad de los combates y los sucesos políticos de importancia fueron sacralizados en los templos. Los dos ataques británicos, por ejemplo, dejaron en Buenos Aires cuatro ceremonias de acción de gracias dedicadas a distintas advocaciones.¹⁸

Claro que la apelación a la religión aumentó exponencialmente luego de 1810. La inestabilidad política y los enfrentamientos militares encontraron a los revolucionarios prestos a utilizar el poder movilizador y legitimador del catolicismo. Fue así que las interpretaciones en clave religiosa se volvieron recurrentes para explicar los sucesos. Hecho que se sumó al acrecentamiento devocional de soldados y oficiales provocado por la propia incertidumbre de las batallas y el azar que generalmente decide el resultado personal en las mismas: desde salir airoso a sufrir heridas de gravedad. O morir.

De esta forma, el afán sacralizador de la Revolución no renegó de la herencia colonial, al menos en aquellos aspectos que no entraban en contradicción con la autonomía política decidida. Se mantuvieron los *tedeums*, que incluso en cantidad fueron incontrastables con los realizados previamente. Asimismo, hicieron su aparición ceremonias que durante el periodo hispánico era sumamente infrecuentes, como honras fúnebres a los muertos en combate, ofrendas de suertes y dotes para las viudas y huérfanas dejadas por la guerra y las “ceremonias de banderas” de los diferentes cuerpos militares. Estos eventos señalan con claridad que los cambios en el principio de legitimidad acarreados por la Revolución estaban muy lejos de poder “expulsar” a la religión del sistema político.¹⁹

18. Binetti, Jesús, “Pedir y agradecer...” óp. cit.

19. Barral, María Elena y Binetti, Jesús, “Las formas de religiosidad católica: algunos desplazamientos en la primera mitad del siglo XIX”, en Ayrolo, Valentina; Barral, María Elena y Di Stefano, Roberto

Manuel Belgrano vivió e interpretó esas circunstancias. La revolución, las guerras y las flamantes conflictividades configuraron una nueva cultura política. Como lo hicieran antes, las legitimidades y sus vías de difusión abrevaron en los contenidos y las formas de la religión. Belgrano, al igual que muchos, apeló a ellas ¿Por convicción y fe personal o por utilidad? Como decía sabiamente el historiador francés Marc Bloch: “no corresponde al historiador sondear en el secreto de los corazones”²⁰.

BELGRANO EN GUERRA

Entre las primeras medidas que tomó el gobierno revolucionario en 1810 se destacó la conformación de cuerpos militares para asegurar el apoyo de los pueblos del interior. El más importante fue enviado al Alto Perú, donde se encontraba el Cerro Rico de Potosí y la Casa de la Moneda que debían controlarse para asegurar los fondos necesarios para la nueva etapa que se iniciaba. Esa tarea le fue encomendada a un primo de los Belgrano: Juan José Castelli.

A Manuel se lo destinó a otra misión: fue enviado como jefe de una expedición al Paraguay a pesar de que, como indicó en sus memorias, sus conocimientos militares “eran muy cortos”. La campaña al Paraguay culminó con reveses bélicos y un rápido retorno a Buenos Aires. Tiempo después volvería a comandar tropas. En febrero de 1812, el Primer Triunvirato lo designó a cargo del Ejército Auxiliar del Alto Perú. Marchó hacia el Norte y en Jujuy tomó el control de las tropas. Las fuerzas se encontraban en condiciones lamentables luego de la derrota sufrida en Huaqui a mediados de 1811. No quedaba otra alternativa más que la retirada. Fue así que emprendió la táctica de campo arrasado que suponía la movilización de toda la población y los recursos hacia el sur para dificultar la persecución de los enemigos. Pese a su objetivo, el ejército enviado desde Lima, y reforzado en el camino, logró alcanzarlo en Tucumán. Allí se escribiría una de las páginas más atractivas de la vida del abogado porteño.²¹

Con la intención de continuar hacia el sur, Belgrano ni siquiera se dispuso a pasar por San Miguel de Tucumán, tomando el camino que la evitaba por el este y se dirigía en forma directa a Santiago del Estero. Sin embargo, al enviar a un oficial para buscar las armas disponibles en la ciudad, se encontró con una resistencia inédita en la élite tucumana. No solo se negó a entregarle los pertrechos que poseía, sino que indicó que no iba a prestar ninguna colaboración si Belgrano se negaba a guarecer la localidad. Sin otra alternativa, solicitó la participación

(coords.), *Catolicismo y secularización. Argentina, primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Bibles, 2012, pp. 67-91.

20. Bloch, Marc, *Los reyes taumaturgos*, México, FCE, 1988, p. 344.

21. Gómez, Fernando, “Guerra y movilización popular en tiempos revolucionarios. Una perspectiva desde la Batalla de Tucumán” en *Foros de Historia Política n.º 1*, 2013 y “Conflictos religiosos y adhesiones políticas en la guerra revolucionaria. La retirada del ejército auxiliar del Perú en 1811”, dossier a cargo de María Elena Barral y Valentina Ayrolo, “La Historia de la Iglesia católica en Argentina: un campo historiográfico que crece” en *Folia Histórica del Nordeste n.º 23*, 2016, pp. 219-241.

de las milicias locales, además de fondos para abonar a su tropa, con el propósito de defender Tucumán.

El 24 de septiembre de 1812, el ejército enemigo llegó al campo de batalla donde se disponían tanto las fuerzas tucumanas como las comandadas por Belgrano. El general realista, Pío Tristán, había realizado una maniobra para arribar por el extremo opuesto al que se suponía. De esa forma, cuando las tropas enemigas aparecieron desde el sur, hubo cierta confusión que no evitó el comienzo de la batalla. La caballería tucumana arrasó a la avanzada realista, decidiendo la suerte del combate. Aun así, el resultado no fue concluyente al punto que el propio Belgrano se retiró tres leguas con escasas esperanzas respecto del desempeño de sus tropas. Recién cuando retornó a la ciudad pudo celebrar el inédito triunfo.

La jornada fue caótica. No hubo directivas de Belgrano que ordenasen el ritmo de las marchas y contramarchas. Además, el paso de una manga de langosta azotó a los combatientes, generando estupor al confundir los impactos de los insectos con la metralla enemiga. Sin embargo, el resultado fue positivo para la ciudad y para la causa revolucionaria. En forma inmediata, comenzó a circular la voz de la presencia de Nuestra Señora de la Merced en el campo de batalla, impulsando y guiando al ejército patriota.

Dos coincidencias se unieron detrás de este fenómeno. Por un lado, el combate aconteció, justamente, el día que se celebraba a la Virgen de la Merced. Y, por el otro, la advocación era una popular devoción militar dado el carisma de la orden que la sostenía. Basta recordar que tanto en la etapa colonial como durante el periodo revolucionario los capellanes de los regimientos solían ser mercedarios.

Belgrano no dudó en reafirmar y reconocer en forma pública esa ayuda sobrenatural. En el parte detallado que envió al gobierno indicó que *a todos parecía que la mano de Dios los dirigía para llenar sus justos deseos*.²² Podría alegarse que realizaba esas manifestaciones con la voluntad de sacralizar la causa que lideraba, generando así nuevos adeptos. Sin embargo, en cartas personales y privadas transmitía el mismo sentir. En una misiva enviada a su primo Francisco Martínez Villarino, le manifestaba: *Mi querido Pancho: he recibido la tuya del 24 pasado, salimos bien porque Dios es quién protege nuestra causa, y Él se ha encargado de dirigirla*.²³

En este marco, el 13 de octubre de 1812, dispuso que en Tucumán se celebrase la victoria, agradeciendo a la Virgen por su intervención. La ciudad se iluminaría durante tres días, luego se realizaría una novena para concluir, finalmente, con una procesión.²⁴ Esta última tuvo lugar el día de los apóstoles San

22. Belgrano, Manuel, "Batalla de Tucumán. Parte detallado", 26 de septiembre de 1812. Citado en Lamadrid, Gregorio Aráoz, *Memorias del General Gregorio Aráoz de Lamadrid*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. 423.

23. "Carta de Manuel Belgrano a su primo Francisco Martínez Villarino" Tucumán, 12 de diciembre de 1812 (LXXXIV), en *Epistolario Belgraniano* óp. cit., p. 192.

24. "Bando sobre la novena de Nuestra Señora de las Mercedes, Manuel Belgrano", Tucumán 13 de octubre de 1812, en *Documentos para la historia del general don Manuel Belgrano*, Buenos Aires,

Simón y San Judas —vale agregar, Judas Tadeo, no Iscariote— cuyas imágenes participaron del evento junto a Nuestra Señora de Mercedes y el patrono San Miguel Arcángel.

Luego de atravesar la ciudad, la procesión ingresó en el terreno donde había tenido lugar la batalla un mes atrás. Allí, Belgrano, ante la tropa y la población local, ofrendó a la Virgen su bastón de mando nombrándola Generala. Era la primera vez que sucedía semejante designación en la guerra revolucionaria.²⁵ José María Paz, testigo de la situación, escribió en sus memorias:

...repentinamente el general deja su puesto, y se dirige solo hacia las andas en donde era conducida la imagen de la advocación que se celebraba. La procesión para; las miradas de todos se dirigen a indagar la causa de esta novedad; todos están pendientes de lo que se propone el general, quien, haciendo bajar las andas hasta ponerlas a su nivel, entrega el bastón que llevaba en su mano, y lo acomoda por el cordón, en las de la imagen de Mercedes. Hecho esto, vuelven los conductores a levantar las andas, y la procesión continúa majestuosamente su carrera.

La conmoción fue entonces universal; hay ciertas sensaciones que perderían mucho queriéndolas describir y explicar; al momento no me encuentro capaz de ello. Si hubo allí espíritus fuertes que ridiculizaran aquel acto, no se atrevieron a sacar la cabeza.²⁶

De este modo se conformaba una unidad de sentido, una identidad común entre la tropa proveniente de diversos lugares del antiguo virreinato y su líder. Defender la Causa y la Patria era el objetivo explícito de esta amalgama, aunque estos dos conceptos distaban aún de tener un significado unívoco. A la camaradería militar forjada al interior de los cuerpos se le agregaba ahora una impronta sagrada destinada a guiar los destinos de la guerra. Esta era una de las formas de generar una identificación con la Revolución, de provocar un profundo cambio político.

Como ya explicamos, las formas de creer en el proceso revolucionario no iban a ser muy disímiles de las concepciones que en general caracterizaban a la

Instituto Nacional Belgraniano, Secretaría de Cultura, 2003, tomo V, pp. 184-185.

25. Era recurrente encomendar la protección de una figura celestial en momentos críticos. De este modo encontramos la presencia de Nuestra Señora del Rosario en las Invasiones Inglesas, puede verse Di Stefano, Roberto, “La invasión hereje”, en García Romero, G. (coord.), *200 años. Las invasiones inglesas*, Buenos Aires, Taeda Editora, 2006, pp. 73-88. En un espacio más amplio, encontramos que, el 31 de octubre de 1810, el Virrey de Nueva España, Francisco Xavier Venegas, ofrendó su bastón de mando a los pies de la imagen de Nuestra Señora de los Remedios aunque no llegase a ser oficialmente reconocida como generala del ejército (recordemos que en dicho conflicto Hidalgo vinculó su gesta a la imagen de la Virgen de Guadalupe), véase Taylor, William, “La Virgen de Guadalupe, Nuestra Señora de los Remedios y la cultura política en el periodo de la Independencia” en Mayer, Alicia, *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, México DF, UNAM, vol. 2, 2007, p. 233. Ortemberg, Pablo, “Las vírgenes generales: acción guerrera y práctica religiosa en las campañas del Alto Perú y el Río de la Plata (1810-1818), en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, n.º 35/36, 2011/2012, pp. 11-42.

26. Paz, José María, *Memorias póstumas de José María Paz*, 2 tomos, Buenos Aires, Emecé, 2000, pp. 61-63.

sociedad de la época. Belgrano supo advertirlo e impulsarlo sin reparos. Pero lejos de reservar para sí esta sensibilidad, procuró extenderla al resto de los oficiales revolucionarios. En una carta enviada a José de San Martín, le explicaba la manera de sostener la sacralidad de la causa:

Acuérdese V. que es un General Cristiano, Apostólico Romano; cele V. de que en nada, ni aún en las conversaciones más triviales, se falte al respeto de cuanto diga a nuestra Santa Religión; tenga presente no sólo a los Generales del Pueblo de Israel, sino a los de los Gentiles, y al gran Julio César que jamás dejó de invocar a los Dioses inmortales, y por sus victorias en Roma, se decretaban rogativas: se lo dice a V. su verdadero y fiel amigo.²⁷

BELGRANO EN PAZ

Entre el triunfo de Tucumán y la misiva dirigida a San Martín transcurrió alrededor de un año y medio. En ese tiempo, Belgrano sufrió los avatares de la inestabilidad política y militar con su enorme capacidad de alterar honores, reputaciones y carreras.

El éxito en tierras tucumanas fue continuado, cinco meses después, por el triunfo en la batalla de Salta. Durante el combate fueron tomadas cinco banderas realistas. Belgrano las supo aprovechar. Como forma de comunicar el resultado del enfrentamiento y favorecer su sacralización en otros espacios las ofreció a diferentes templos: una a la iglesia matriz de Tucumán —para ser colocada en el altar de Nuestra Señora de la Merced—, dos a la Catedral porteña y las restantes a la Virgen de Luján. Al hacerlo sostuvo que el objetivo era “que se haga notorio el reconocimiento [...] que el Todopoderoso nos ha dispensado por su mediación”²⁸.

Este último suceso permite reforzar la idea del origen inmaculista de la enseña nacional en la medida que, por entonces, la Virgen de Luján no era tanto una devoción autónoma, sino la principal imagen de la Inmaculada Concepción en la región bonaerense. Claro que, independientemente del hecho religioso, Belgrano también era “sensible” a otras cuestiones, incluyendo las materiales y personales. Basta recordar que, a principios de 1812, la Villa de Luján había colaborado con pertrechos para su regimiento. Y que, al momento de recibir las banderas de Salta, su hermano Carlos presidía el ayuntamiento local, el párroco Francisco Argerich —perteneciente a su mismo sector político— había sido nombrado diputado para la Asamblea del Año XIII y al hermano de este último, Cosme, se le había encomendado la sanidad del Ejército del Norte.

Así, luego de Salta, la Revolución comenzó a vivir una nueva primavera. Como todas las estaciones, no duró más que unos pocos meses. Envalentonadas

27. “Carta de Manuel Belgrano a San Martín, Santiago del Estero”, 6 de abril de 1814, en *Epistolario...* *óp. cit.* p. 275.

28. Binetti, Jesús, *El agosto recinto. Conflictos y debates tras la construcción de la Basílica de Luján*. Luján, Librería de Mayo, 2007, pp. 27-28.

por dos triunfos sucesivos, las autoridades porteñas creyeron oportuno avanzar sobre el Alto Perú. En mayo de 1813 la ansiada plaza de Potosí cayó en manos de las fuerzas revolucionarias, pero el triunfo distó de ser consistente. Permanentemente hostigado por los realistas, en octubre y noviembre se sellaría el trágico destino del Ejército con las derrotas en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma. De esta manera, finalizó la incursión de Belgrano en tierras altoperuanas. Semanas más tarde fue destituido del mando de las fuerzas.

La carta cursada a San Martín en abril de 1814 era entonces la de un oficial sancionado dando consejos a su sucesor. Dos meses después, el castigo se hacía efectivo con la detención de Belgrano en Luján. La ciudad que un año antes había recibido entre júbilos las banderas tomadas en Salta, lo recibía ahora en calidad de prisionero. Así suele ser la guerra.

La sanción no duró mucho tiempo. A fines del mismo año, el Director Supremo Gervasio Posadas le encomendó una serie de misiones en Europa. Allí Belgrano advirtió que el proceso abierto en mayo de 1810 debía intensificar la autonomía de la metrópoli. Por entonces, las monarquías europeas habían comenzado a consolidarse, recuperaban terreno y estaban dispuestas a recobrar por entero sus dominios que, en el caso español, incluían al desmembrado virreinato rioplatense.

Al regresar de Europa, Belgrano apoyó la declaración de Independencia con la particularidad de impulsar la formación de una monarquía al mando de un descendiente incaico. Su proyecto no prosperó, pero la Independencia fue votada el 9 de julio de 1816, “invocando al Eterno que preside el universo”. Dos meses más tarde, a propuesta del sanjuanino fray Justo Santa María de Oro, la limeña Santa Rosa fue designada como su patrona. Quizá, la decisión escondiera la vana esperanza de lograr que las diferentes regiones peruanas y altoperuanas se integrasen a las Provincias Unidas. Lo cierto es que a de Oro, Belgrano y la propia Santa Rosa los unía un hecho nada despreciable: pertenecían a diferentes estamentos de la orden dominica.

Por esos días, Belgrano fue nombrado nuevamente al mando del Ejército del N.  Ahora sí, los lazos con la metrópoli se habían disuelto y el proceso revolucionario había moldeado al antiguo secretario del Consulado como general de las Provincias Unidas. Camino a Tucumán, lanzó una proclama a los soldados en donde anunciaba su marcha e indicaba:

Seguid respetando la religión santa que profesamos y a los ministros del Señor; obedeced a vuestros jefes, e imitad su subordinación; continuad vuestra atención y miramientos a vuestros conciudadanos; no olvidéis que el Patrono del ejército que componéis es la Santísima Trinidad y vuestra Generala Nuestra Señora de las Mercedes [...].²⁹

29. Museo Mitre, *Documentos del Archivo de Belgrano*, Buenos Aires, 1916, tomo VI, p. 51.

Pero esta vez, el Ejército del Norte no llegaría muy al norte. Salvo algunas incursiones menores encomendadas por Belgrano a Gregorio Aráoz de Lamadrid, el Alto Perú estuvo lejos de ser un objetivo siquiera proyectable. Las fuerzas se destinaron a consolidar la Revolución en el actual noroeste argentino y a aplacar los levantamientos provinciales que con creciente frecuencia venía sufriendo el Directorio.

En esta última tarea estaba Belgrano, cuando, ya muy enfermo, regresó a Buenos Aires a principios de 1820. Unos años antes había escrito en su Autobiografía: “solo me consuela el convencimiento en que estoy de que siendo nuestra revolución obra de Dios, Él es quien la ha de llevar hasta su fin”³⁰. Difícil saber qué pensaba el prócer en sus días postreros. Lo cierto es que, al igual que él, la Revolución estaba llegando a su fin.

Cuatro meses antes de su muerte había caído el Directorio. El mismo día de su fallecimiento, tres autoridades distintas se arrogaron el gobierno de la provincia de Buenos Aires. Un sacerdote realista del santuario de Luján aprovechó entonces la anarquía —y los continuos viajes del párroco a la capital— para hacer desaparecer completa y definitivamente las banderas de Salta obsequiadas por Belgrano.

Paradójicamente, estos hechos fueron los estertores de un proceso terminado. Aunque seguirán oyéndose esporádicamente algunas reivindicaciones realistas, el regreso al dominio colonial ya era una amenaza muy lejana. La “anarquía”, a su vez, será prontamente superada. En septiembre de 1820, la provincia pudo estabilizarse políticamente con la llegada al poder de Martín Rodríguez. Entre uno y otro periodo queda como un símbolo la tumba de Belgrano.

Tal como lo había dispuesto antes de morir, su cuerpo fue enterrado en el templo del convento dominico. No se encontraría solo en aquel sitio: su padre Domingo y su madre María Josefa González Casero habían sido sepultados en Santo Domingo en la última década del siglo XVIII. Pocos años antes que Manuel, sus hermanos mayores Carlos José y María del Rosario, también encontraron sepultura en el mismo templo. No se trataba de decisiones individuales: la familia Belgrano había elegido vivir y morir enlazada con esta otra familia, la de los frailes dominicos. Desde allí, en la colonia y en la independencia, la religión católica ofrecía lugares desde donde modular formas de ser buen vasallo, buen ciudadano y buen revolucionario.

30. Belgrano, Manuel, “Autobiografía”, en Gagliano, Rafael (presentador), *Escritos sobre educación. Selección de textos de Manuel Belgrano*, La Plata, UNIPE: Editorial Universitaria, 2011, p. 42.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AVELLÁ CHÁFER, Francisco, *Diccionario biográfico del clero secular de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edición del autor, 1983.
- BARRAL, María Elena, *De sotanas por la pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- , María Elena, “La Iglesia y las formas de religiosidad, 1580-1820” en *Desde la Conquista a la crisis de 1820* (tomo II de la *Historia de la Provincia de Buenos Aires* coordinado Raúl Fradkin), Buenos Aires, UNIPE-Edhasa, 2012, pp. 179-208.
- , María Elena, *Curas con los pies en la tierra. Una historia de la Iglesia en la Argentina contada desde abajo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.
- , María Elena y Binetti, Jesús, “Las formas de religiosidad católica: algunos desplazamientos en la primera mitad del siglo XIX”, en Ayrolo, Valentina; Barral, María Elena y Di Stefano, Roberto (coords.), *Catolicismo y secularización. Argentina, primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Biblos, 2012, pp. 67-91.
- BINETTI, Jesús, *El agosto recinto. Conflictos y debates tras la construcción de la Basílica de Luján*. Luján, Librería de Mayo, 2007, pp. 27-28.
- , Jesús, “Pedir y agradecer. La religiosidad de Buenos Aires entre dos reformas, 1771-1821”, en *Andes, Antropología e Historia*, n.º 30, 2019, pp. 1-31.
- BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, México, FCE, 1988.
- BORUCKI, Alex, *De compañeros de barco a camaradas de armas. Identidades negras en el Río de la Plata, 1760-1860*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2017.
- CHIARAMONTE, José Carlos, “El mito de los orígenes en la historiografía Latinoamericana”, *Cuadernos del Instituto Ravignani*, n.º 2, Instituto de Historia Argentina y Americana “Doctor Emilio Ravignani”, FFyL-UBA, 1991, pp. 19-39.
- DI STEFANO, Roberto, *El púlpito y la plaza*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- , Roberto, “La invasión hereje”, en García Romero, G. (coord.), *200 años. Las invasiones inglesas*, Buenos Aires, Taeda Editora, 2006, pp. 73-88.
- FURLONG, Guillermo, *La historiografía eclesiástica argentina 1536-1943*, en *Archivum* I, 1943.
- GELMAN, Jorge, *De mercachifle a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de la Plata colonial*, Huelva, UPO, 1996.
- GOLDMAN, Noemí, *¡El pueblo quiere saber de qué se trata!: Historia oculta de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2009.
- GÓMEZ, Fernando, “Guerra y movilización popular en tiempos revolucionarios. Una perspectiva desde la Batalla de Tucumán” en *Foros de Historia Política*, n.º 1, 2013.
- , Fernando, “Conflictos religiosos y adhesiones políticas en la guerra revolucionaria. La retirada del ejército auxiliar del Perú en 1811”, Dossier a cargo de María Elena Barral y Valentina Ayrolo: *La Historia de la Iglesia católica en Argentina: un campo historiográfico que crece*, en *Folia Histórica del Nordeste*, n.º 23, 2016, pp. 219-241.

- HALPERIN DONGHI, Tulio, *Revolución y guerra: Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1972.
- JIJENA, Lucrecia, *La Venerable Orden Tercera de Santo Domingo*, Tucumán, UNSTA, 2006.
- MITRE, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, vol II., Buenos Aires, Estrada, 1947 (1859).
- ORTEMBERG, Pablo, “Las vírgenes generales: acción guerrera y práctica religiosa en las campañas del Alto Perú y el Río de la Plata (1810-1818)”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, n.º 35/36, 2011/2012, pp. 11-42.
- PIAGGIO, Agustín, *Influencia del clero en la Independencia Argentina (1810-1820)*, Barcelona, Gili, 1912.
- SOCOLOW, Susan, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991.
- TAYLOR, William, “La Virgen de Guadalupe, Nuestra Señora de los Remedios y la cultura política en el periodo de la Independencia” en Mayer, Alicia, *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, México DF, UNAM, vol. 2, 2007, pp. 213-238.
- Un sacerdote de la Congregación de la Misión, *La Virgen de Luján y la Bandera de Belgrano*, Buenos Aires, Amorrortu, 1930.
- WASSERMAN, Fabio, *Entre Clío y la Polis: conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata 1830-1860*, Buenos Aires, Teseo, 2008.

